



SERIE TIEMPO DE BUSCAR

El arte de Discrepar Cordialmente

Cómo sobrevivir a
un conflicto de iglesia



EL ARTE DE DISCREPAR CORDIALMENTE

CONTENIDO

No asienta si no está de acuerdo.....	2
Mire lo que hay detrás de cada problema.....	6
Esté atento a las señales.....	12
Encárguese de su parte del conflicto.....	18
Céntrese en su Proveedor	24

¿Es posible actuar según nuestras convicciones sin ser groseros con los que no están de acuerdo con nosotros? ¿En qué sentido podemos crearnos conflictos si somos demasiado complacientes? ¿Qué podemos aprender de nuestra ira?

Las páginas siguientes son el resultado de un estudio que cambió mi actitud de forma dramática, no sólo hacia el conflicto, sino también hacia el Señor. Mi oración es que en ellas encuentre ayuda usted o alguien a quien usted conozca.

Martin R. De Haan II

NO ASIENTA SI NO ESTÁ DE ACUERDO

¿Qué sucede si estamos seguros de tener la razón en un conflicto de personalidad, doctrinal o político dentro de la iglesia, pero al ceder permitimos que algunas personas peligrosas logren su propósito? ¿Qué debemos hacer si creemos que el otro bando no ha sido honesto en el manejo de la situación?

Este tipo de preguntas puede preocuparnos aún más si además somos conscientes del daño que el conflicto puede causar. Es posible que tengamos familiares o amigos que no pisan la iglesia porque en algún momento se encontraron en medio de una amarga división. Quizás sepamos de miembros que se niegan constantemente a participar activamente en la

obra de la iglesia, o de pastores que han dejado el ministerio para vender seguros de vida, bienes raíces o lotes de cementerio.

Así que, conociendo el peligro de las disputas en la iglesia, ¿qué debemos hacer? ¿Dejar que la gente nos aplaste para conservar la unidad? No. Para comenzar debemos comprender que la Biblia nos da derecho a decir algunas cosas...

No asienta si no está de acuerdo. No trate de ser tan adaptable, por amor a la paz y a la unidad, que termine perdiendo la integridad. No contribuya con el silencio deshonesto y dañino que muchas veces precede al inicio del conflicto.

Recuerde que Moisés, Jesús y Pablo no eran muy conocidos por su complacencia. No eran cuidadosos para evitar perturbar la armonía. No buscaban la paz a cualquier precio. Su ejemplo y el resto

de las Escrituras nos dan razones para creer que...

El desacuerdo puede ser saludable. Aunque la Biblia nos advierte de los peligros de las disputas amargas, también nos da razones para cultivar el arte de discrepar cordialmente. Salomón enseñó que es en la multitud de consejeros donde hay seguridad, no en una multitud de seguidores sumisos y conformistas (Proverbios 11:14). Dijo además que las heridas del amigo son fieles (27:6), que las mentiras manipuladoras de la adulación son peligrosas (26:28), y que los verdaderos amigos se aguzan como el hierro aguza al hierro (27:17).

Si no aprendemos a discrepar de una forma saludable, animada y vigorosa, no estaremos listos para responder adecuadamente al conflicto. Si no nos permitimos mutuamente poner a prueba nuestras ideas, cualquier desacuerdo puede tomarse

como un ataque personal. Nos ponemos a la defensiva, nos alteramos y nos sentimos heridos, para terminar lamentando el problema y viviendo con la prueba de que «El hermano ofendido es más tenaz que una ciudad fuerte...» (Proverbios 18:19).

Si no hemos aprendido a cultivar el arte del desacuerdo saludable, cualquier tema puede ser peligroso. Se pueden desarrollar problemas en las relaciones familiares, la política de la iglesia, la doctrina, el presupuesto, el salario de los empleados, la música, el programa de estudios, el uso de los recintos de la iglesia, las actividades para jóvenes o la disciplina. Puede haber fricción con respecto a un pastor entrado en años, un director de jóvenes independiente, un miembro rico del comité o un tesorero obstinado. Las discusiones sobre los amigos, la esposa, las prioridades o el estilo de enseñanza del pastor pueden provocar amargura.

Quizás la fuente de la fricción sean las tendencias de la denominación, la eliminación del culto de oración de los miércoles, la ayuda misionera o la filosofía de evangelización. La ira puede surgir tanto por asuntos importantes como por exasperación personal.

En vista de que cualquier asunto puede desembocar en un conflicto, ¿cómo podemos entonces desarrollar el tipo de desacuerdo benigno que tiene como resultado la consejería, la seguridad y la sabiduría, en vez del conflicto? Esa es la pregunta que trataremos de responder en las páginas restantes de este estudio. Sin embargo, antes de hacerlo, debemos tomar en cuenta otro asunto importante...

El conflicto es inevitable y no necesariamente malo.

No tenemos que sentirnos culpables sólo porque nos encontremos en medio de un conflicto en la iglesia. Los problemas son inevitables,

y los conflictos vendrán, como sucede en las mejores iglesias, a los mejores líderes espirituales, en las mejores directivas eclesiásticas y entre los mejores amigos. Jesús y sus allegados más cercanos tuvieron problemas. Hubo fricción entre Pablo y Bernabé, y entre Pablo y Pedro. Surgieron conflictos no sólo en la iglesia inmadura de Corinto, sino también en la iglesia de Filipo, que era mucho más madura. Hubo problemas entre los seguidores más cercanos de Cristo, aún después de que Él les sirviera la Santa Cena en la noche en que fue traicionado.

La historia nos enseña que el «idilio» que se desarrolla en las nuevas relaciones siempre viene seguido de un período de problemas y pruebas. Esperar lo contrario trae desilusión. Por tanto, tiene más sentido orar para que el Señor nos ayude a responder al conflicto con la mayor gracia posible, y no que nos guarde de él.

Nuestro reto, en las palabras de Pablo, consiste en lo siguiente: «Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres» (Romanos 12:18).

Pero, ¿cómo podemos desarrollar esa actitud si nos enfrentamos a personas que obviamente no buscan lo mejor para nosotros? ¿Cómo podemos cultivar el arte de disentir amablemente con aquellos a quienes ni siquiera les agradamos? Una de las cosas más prácticas que podemos hacer es darnos cuenta de que en el conflicto...

El problema no es el problema. El desacuerdo no es lo que nos lleva a pisotearnos unos a otros. El desacuerdo no es lo que provoca explosiones de ira en las reuniones de comités o de la directiva. El verdadero problema del conflicto no está en aquello sobre lo que no estamos de acuerdo, sino en por qué y en qué forma disentimos. Mientras no penetremos la superficie y

analicemos nuestra motivación, no habremos comenzado a lidiar con los problemas que nos dividen. Y hasta que no vayamos más allá de nuestras motivaciones y veamos las convicciones subyacentes en las que se basan esas motivaciones, seguiremos manejando el conflicto muy superficialmente.

PROBLEMA EXTERNO
MOTIVACIONES NO PERCIBIDAS
CONVICCIONES SUBYACENTES

Las diferencias pueden ser importantes. Nuestras inquietudes pueden tener una importancia vital para la vida de la iglesia. Sin embargo, lo que debemos ver es que los puntos en discusión no son la causa del conflicto, sino las motivaciones no percibidas y las convicciones equivocadas subyacentes.

MIRE LO QUE

HAY DETRÁS DE CADA PROBLEMA

Para cultivar relaciones en las que nos sintamos en libertad de disentir en forma saludable necesitamos comprender las motivaciones desapercibidas.

LAS MOTIVACIONES QUE HAY DETRÁS DE LOS PROBLEMAS

El conflicto es como la punta de un iceberg. Por debajo se encuentran las motivaciones no percibidas que amargan el desacuerdo saludable.

El apóstol Santiago dice que las motivaciones no percibidas pueden convertirnos en un problema ambulante. Deja claro que si resentimos la atención o el reconocimiento que recibe otra persona (envidia), o si estamos decididos a salir adelante aun a expensas de los demás (buscar lo suyo propio o ambición egoísta), tenemos un conflicto de intereses

subyacente que moldeará y amargará nuestra reacción ante el desacuerdo.

Por otro lado, Pablo nos muestra que si nuestras motivaciones son correctas podemos actuar con amabilidad, inclusive hacia aquellos que están en nuestra contra. Aunque estemos convencidos de que la otra parte comete un serio error, podemos buscar su bien. Pablo escribió lo siguiente

¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa (Santiago 3:13-16).

para incentivarnos a mostrar ese tipo de preocupación por nuestros oponentes: «Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso [lit. pelear], sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él» (2 Timoteo 2:24-26).

Santiago y Pablo no son los únicos que enfatizan las actitudes y las motivaciones correctas. La Biblia entera nos habla del corazón. Las Escrituras nos enseñan que si nuestras motivaciones no son correctas, el conocimiento, la fe y el sacrificio personal no sirven de nada a los ojos de Dios (1 Corintios 13:1-3). Una y otra vez la Palabra de Dios nos llama a cultivar el amor que actúa en base a motivaciones correctas.

Las Escrituras también dicen claramente lo que sucede

cuando las malas motivaciones suplantán las buenas. Luego de recibir la Santa Cena, la noche de la traición del Señor, fue la envidia y la ambición personal lo que llevaron a los discípulos a discutir cuál sería el mayor (Lucas 22:14-27).

Durante las horas siguientes, la envidia llevó a los líderes de los judíos a demandar el arresto y la ejecución del Hijo de Dios (Mateo 27:18; Marcos 15:10). Odiaban a este hacedor de milagros, no sólo porque no estaban de acuerdo con Él, sino también porque constituía una amenaza a la atención, el afecto y la influencia que deseaban para sí.

LAS CONVICCIONES QUE HAY DETRÁS DE LAS MOTIVACIONES

El conflicto se puede definir como «dos o más personas que tratan de ocupar el mismo espacio o controlar los mismos recursos limitados». Eso fue lo

que sucedió en la disputa entre los pastores de Abram y Lot. No había suficiente espacio para ambos.

La respuesta de Abram fue pacífica. Ofreció a Lot la tierra que deseara. Sin embargo, Lot se aprovechó de la generosidad de su tío y escogió la mejor parte para sí, la llanura del Jordán, tan fértil que el libro de Génesis la compara con el jardín del Edén.

Las razones por las que Abram fue tan generoso van más allá de sus buenas motivaciones. Abram pudo ser tan vulnerable porque Dios le estaba enseñando a darse cuenta de que su bienestar no se encontraba en sus propios puños, sino en la mano abierta de Aquel que lo guiaba (Génesis 13:14-18).

Nuestras motivaciones y la manera en que manejamos el conflicto no se moldean con reglas, sino por la decisión de unirnos a Abram, confiando en Dios, el Proveedor. ¿Estamos dispuestos a dejar que Él provea

Subió, pues, Abram de Egipto hacia el Neguev, él y su mujer, con todo lo que tenía, y con él Lot. Y Abram era riquísimo en ganado, en plata y en oro. Y volvió por sus jornadas desde el Neguev hacia Betel, [...]; e invocó allí Abram el nombre de Jehová. También Lot, que andaba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas. Y la tierra no era suficiente para que habitasen juntos, pues sus posesiones eran muchas, y no podían morar en un mismo lugar. Y hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot; y el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra. Entonces Abram dijo a Lot: No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si tú a la derecha, yo iré a la izquierda (Génesis 13:1-9).

para nosotros como considere y cuando considere? ¿O creemos que nuestra seguridad depende de que tomemos las riendas de la situación?

Esto no quiere decir que debamos dejar que la gente nos pisotee según le parezca. El amor no siempre permite que los demás logren lo que desean. Algunas veces necesitan sentir el peso y la intensidad de nuestras inquietudes y convicciones. Sin embargo, en ese proceso, es necesario que perciban que la naturaleza de nuestro desacuerdo es benigna y está llena de amor. Necesitan saber que no nos resistimos sólo para proteger nuestros propios intereses, y la única manera en que podemos reaccionar con tanto amor es confiando en la capacidad de Dios de proveer para nosotros.

Las motivaciones de las personas que saben que están seguras en las manos de Dios se moldean en base a este conocimiento. Aprenden a

vivir con gracia, a disentir con amabilidad, a amar libremente y a confiar en Dios día a día cuando las cosas que están más allá de su control no van bien.

Por cierto, ¿se acuerda de Lot? Cuando escogió lo que según él era la mejor tierra le tocaron también las

PROBLEMA EXTERNO

Aquello con lo que estamos o no de acuerdo.

MOTIVACIONES NO PERCIBIDAS

La razón por la que estamos o no de acuerdo, y si estamos a favor o en contra el uno del otro.

CONVICCIONES SUBYACENTES

Lo que creemos acerca de Dios, nosotros mismos y nuestras circunstancias. Estas convicciones moldean, no sólo el motivo del desacuerdo, sino también la forma en que disentimos.

perversas ciudades de Sodoma y Gomorra.

LAS CONVICCIONES ERRADAS QUE HAY DETRÁS DE CADA CICLO

Repetimos los ciclos de conflicto cuando asumimos que lo que queremos es siempre lo que necesitamos, o cuando nos preocupamos más por las personas que están en nuestra contra que por el Dios que está por nosotros. Las convicciones erradas son el combustible de los ciclos conflictivos. Nos llevan a pensar que debemos tomar las riendas del asunto, y que si no nos protegemos nosotros mismos nadie lo hará.

Las convicciones erradas subyacentes también explican por qué el apóstol Pablo escribió a las partes del conflicto en Filipo de la manera que lo hizo. Probablemente sabía cuál era el problema que las separaba,

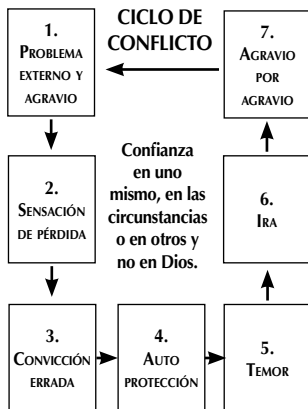
pero ni siquiera menciona las causas específicas. En vez de ello, asume que los detalles se resolverían una vez ambas partes comprendieran

Ruego a Evodia y a Síntique, que sean de un mismo sentir en el Señor. Asimismo te ruego también a ti, compañero fiel, que ayudes a éstas que combatieron juntamente conmigo en el evangelio, con Clemente también y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida. Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos! Vuestra gentileza sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (Filipenses 4:2-7).

las convicciones erradas subyacentes que las habían llevado a alejarse del Señor y a ponerse una en contra de la otra. Su remedio para romper el ciclo de agravio y conflicto parece constar de dos partes. Por un lado, el Apóstol pide a otros que se acerquen a los miembros de la iglesia que están en conflicto y alivien parte de la presión que los acosa. Parece que la fatiga y el peso de tratar de hacer demasiado para el Señor los había vuelto vulnerables al conflicto.

Luego, Pablo les recuerda de diferentes maneras que su bienestar no depende de que la otra parte los trate bien. En dos ocasiones los alienta a regocijarse en el Señor. Los exhorta a ser conocidos por su gentileza porque «el Señor está cerca». Les recuerda que conviertan su ansiedad en oraciones y dependencia de Dios. Luego, después de asegurarles que Dios puede darles paz, y que al cultivar la

confianza y el agradecimiento en sus corazones encontrarán ayuda en Dios, Pablo los exhorta a pensar, no en lo malo, sino en lo bueno (Filipenses 4:8,9). Pablo sabía que la fórmula de la unidad no es estar de acuerdo en todo. La solución tampoco se encuentra en saber que debemos encontrar dentro de nosotros mismos el amarnos los unos a los otros. Para aquellos que conocen a Dios, la respuesta es tener las convicciones correctas acerca de Él en medio de las circunstancias



problemáticas de la vida. Sólo así podremos evitar la autoprotección, el miedo y la ira que, de otra forma, nos llevan a devolver mal por mal y agravio por agravio.

ESTÉ ATENTO A LAS SEÑALES

LA LUZ AMARILLA DE LA AUTOPROTECCIÓN

Como la envidia y la ambición egoísta nos llevan a proteger nuestros propios intereses a expensas de los demás, debemos considerar las luces amarillas intermitentes. Cuando aparecen en nuestra vida, indican, al igual que los semáforos: «¡Cuidado! ¡Peligro! ¡Esté listo para detenerse!» Eso no quiere decir que todo esfuerzo por protegernos sea malo. Si no cuidáramos nuestra propia seguridad adecuadamente terminaríamos muertos antes

Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa [...] ¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites. ¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios. ¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente? Pero él da mayor gracia. Por esto dice: Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Santiago 3:16; 4:1-6).

de tiempo. Lo que debemos hacer es asegurarnos de no protegernos a nosotros mismos sin tomar en cuenta los intereses y las necesidades de los demás.

La autoprotección de la que Santiago escribió no es saludable para nadie. Es el tipo de interés propio que nos puede llevar a destacar las faltas de los demás para beneficiarnos de sus errores.

Según Santiago, esta autoprotección debe manejarse con sumo cuidado, porque produce confusión y mal (3:16), evidencia frustración y deja claro que no hemos logrado lo que deseamos (4:1-4), y, lo que es más importante, es un síntoma de orgullo herido que nos lleva a actuar como enemigos de Dios (3:17-4:6).

El orgullo herido nos hace pensar de la siguiente manera: «Merezco que me traten mejor. Por tanto, se justifica que tome las riendas del asunto y haga lo que tenga que hacer

para derrotar a mis opositores. Nadie conoce mis necesidades mejor que yo, y si yo no me cuido, nadie lo hará por mí».



Hasta este punto hemos ignorado la luz amarilla intermitente. El orgullo herido no sólo nos ha llevado a creer equivocadamente que podemos conocernos a nosotros mismos y que tenemos la capacidad de cuidar nuestros propios intereses. También nos ha convertido en enemigos de Dios. Aunque no nos demos cuenta, peleamos contra el

mismo cielo. Nos encontramos en medio de un conflicto que trasciende la mera familia o la iglesia.

LA LUZ ROJA DE LA IRA

Cuando aprendemos a ver la autoprotección como la luz amarilla de precaución, podemos también aprender a ver la ira como la luz roja de la advertencia urgente. Santiago se refiere a esta señal de peligro al escribir: «...todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse; porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios» (Santiago 1:19,20).

Muchos de nosotros cometemos el error de ver la ira como una muestra de fuerza. Sin embargo, en la mayoría de los casos, la ira indica una debilidad que no queremos reconocer. Cuando «perdemos la paciencia» tratando de protegernos a nosotros mismos

no reflejamos fortaleza sino una profunda debilidad. Ser prontos para airarnos nos pone en grave peligro, porque «como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo

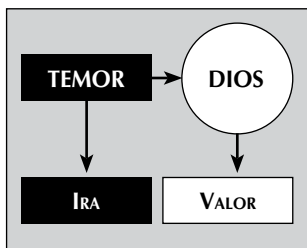
Y cantaban las mujeres que danzaban, y decían: Saúl hirió a sus miles, y David a sus diez miles. Y se enojó Saúl en gran manera, y le desagradó este dicho, y dijo: A David dieron diez miles, y a mí miles; no le falta más que el reino. Y desde aquel día Saúl no miró con buenos ojos a David. Aconteció al otro día, que un espíritu malo de parte de Dios tomó a Saúl, y él desvariaba en medio de la casa. David tocaba con su mano como los otros días, y tenía Saúl la lanza en la mano. Y arrojó Saúl la lanza, diciendo: Enclavaré a David a la pared. Pero David lo evadió dos veces. Mas Saúl estaba temeroso de David, por cuanto Jehová estaba con él, y se había apartado de Saúl (1 Samuel 18:7-12).

espíritu no tiene rienda» (Proverbios 25:28).

Esa misma debilidad es la que vemos en la ira temerosa de Saúl. Su temor no era del tipo que lleva a los hombres a huir de un edificio en llamas o del pecado. Su ira hacia David no era del tipo controlado que hace a las personas actuar en contra de la injusticia o de la maldad. No era fuerte o bien pensada (como la de Efesios 4:26). Saúl tenía temor del hombre, cuando a quien debía temer era a Dios y debía dirigir su ira hacia su propio pecado, no hacia David.

David también sabía lo que era tener miedo. Sus salmos lo manifiestan claramente (Salmos 3 y 4, por ejemplo). Huyó de Saúl durante años para que no lo matara. La diferencia radica en que David no respondió a su temor decidiéndose a matar al rey que lo perseguía, aunque podía haberlo hecho alegando defensa propia. Sin embargo, a David se le conoce por decir

que no levantaría su mano contra el ungido de Dios (1 Samuel 24:6), y por admitir sus temores y luego llevarlos delante del Señor.



En vez de dejar que el temor lo llevara a actuar con ira o en venganza, David permitió que sus temores lo llevaran a Dios. Una y otra vez vio cómo Dios cambió su temor en valor.

LA LUZ VERDE DE LA SABIDURÍA DE DIOS

Cuando ignoramos la luz amarilla de la autoprotección y la luz roja de la ira sufrimos accidentes. Los que una vez mostraban una fe entusiasta en Cristo terminan como automóviles estrellados y

¿Quién es sabio y entendido entre vosotros? Muestre por la buena conducta sus obras en sabia mansedumbre. Pero si tenéis celos amargos y contención en vuestro corazón, no os jactéis, ni mintáis contra la verdad; porque esta sabiduría no es la que descende de lo alto, sino terrenal, animal, diabólica. Porque donde hay celos y contención, allí hay perturbación y toda obra perversa. Pero la sabiduría que es de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, benigna, llena de misericordia y de buenos frutos, sin incertidumbre ni hipocresía. Y el fruto de justicia se siembra en paz para aquellos que hacen la paz. ¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? (Santiago 3:13-4:1).

abandonados. Sus ojos dejan de brillar al oír el nombre de Cristo o de la iglesia. Muchos se niegan a pisar la iglesia.

Debido a ese tipo de situaciones, Santiago nos exhorta a reconocer la obra de la sabiduría de Dios y de su Espíritu en nuestra vida. Podemos referirnos a su descripción como la «luz verde» de la sabiduría de Dios. Tenga en mente, sin embargo, que no podemos resolver los conflictos siguiendo estas «señales de tránsito» con nuestras propias fuerzas. Debemos estar dispuestos a permitir que Dios produzca en nosotros un espíritu y una sabiduría que es:

Pura. La sabiduría que viene de Dios es libre de la contaminación de la envidia y la ambición egoístas. Responde a los intereses de Dios mismo, cuyo propósito es gobernar y proveer para un reino de «...justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo» (Romanos 14:17).

Pacífica. El corazón que está en paz con Dios desea estar en paz con los demás. No necesita atacar, insultar, explotar, engañar ni aprovecharse de otros. En vez de ello, sus palabras y acciones inspiran confianza y disipan el temor y la ira.

Amable. Esta cualidad consiste en saber cuándo mostrar ese comedimiento que no insiste en la letra de la ley y en los derechos, sino en la misericordia.

Dispuesta a ceder o benigna. La benignidad es la apertura sumisa que permite a una persona escuchar con cuidado a los demás, sus necesidades y preocupaciones. No es una sumisión que cede ante el egoísmo, sino que busca el bien y se rinde ante la verdad.

Llena de misericordia y de buenos frutos. Consciente de las necesidades de los demás, la sabiduría que viene de Dios desea mostrar bondad, aliviando y compartiendo sus penas por medio de la

fortaleza y los talentos que Dios le ha dado.

Sin incertidumbre.

Debido a que su bondad proviene de la bondad de Dios y no de una estrategia egoísta de dar para recibir, esta bondad no depende de lo que el otro pueda ofrecer.

Sin hipocresía. Como la sabiduría que viene de arriba es una habilidad que se logra al descansar en Dios, no lleva a actuar superficialmente ni busca la aprobación humana. Es una sabiduría «honesta» del corazón.

Este es el camino de paz que Cristo siguió al enfrentar el conflicto. No podemos obligar a otros a seguirlo, pero podemos usarlo para evaluar nuestra propia relación con Aquel que desea ayudarnos para que hagamos nuestra parte en la promoción de la paz. Al momento del conflicto, debemos seguir la luz verde de Santiago 3:17.

ENCÁRGUESE DE SU PARTE DEL CONFLICTO

CONFÓRMESE CON LO QUE PUEDE HACER

Dios no espera que seamos pasivos ante el conflicto. Nos alienta a discrepar cordialmente. Como el hierro aguza al hierro (Proverbios 27:17), los amigos comparan sus ideas con los estándares de la Palabra de Dios. Dios nos dice en su palabra cómo actuar cuando se presentan diferentes tipos de conflicto:

Irritaciones. Antes de tratar de «juzgar» la paja en el ojo de su hermano, mire la «viga» de orgullo e hipocresía que hay en su propio ojo (Mateo 7:1-5).

Convicciones discutibles. Discuta, acepte y respete la necesidad que tienen los demás de ser fieles a su propia fe en Dios. Deje que ellos den cuenta de sí mismos a

Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano. Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano (Mateo 18:15-17).

Aquel que nos juzgará a todos (Romanos 14:1-23).

Asuntos doctrinales.

Pruébalo todo por las Escrituras. Reúnase con líderes sabios para resolver los puntos difíciles en oración. Evite los puntos discutibles y a los presuntos hermanos que al ser confrontados niegan la sana doctrina (Hechos 15:1-35; 2 Timoteo 2:15-26)

Aggravio. Si alguien peca contra usted:

1. Reúnase con la persona que le ha hecho daño a solas. No hable con

otros para ganar aliados.
Controle el problema no
dándolo a conocer a otros.
Si eso no funciona...

2. Lleve dos o tres testigos para que oigan ambos lados del asunto y para presionar a la otra persona. Si aún no responde y sus testigos están de acuerdo en que ha pecado seriamente contra usted...

3. Dígalo a la iglesia. Haga que el ofensor rinda cuentas a la familia espiritual a la que dice pertenecer. Cuando el problema se dice públicamente de una forma amorosa pero firme, hay esperanza de que la persona recapacite.

Pero si la presión de la iglesia no produce en la persona el deseo de resolver el conflicto...

4. Trate a esa persona como a un inconverso. Esto no implica que debamos ser crueles, ya que Jesús nos enseñó a amar a nuestros enemigos. Sin embargo, para «estar por ellos», debemos

estar «contra ellos» en su pecado. Tanto Jesús como Pablo enseñaron que debemos distanciarnos formalmente de aquellos que se niegan tercamente a arrepentirse (Mateo 18:15-17; 1 Corintios 5:11-13). Deben saber que no están en comunión con la iglesia. Debemos ponerles la carga de demostrar por qué hemos de considerarlos miembros de Cristo. Esto los ayudará a enfrentar sus problemas espirituales y nos dará la oportunidad de resolver los problemas persistentes y unilaterales.

1 VAYA USTED SOLO	2 LLEVE DOS O TRES TESTIGOS
4 TRÁTELO COMO A INCONVERSO	3 DÍGALO A LA IGLESIA

RECUERDE LO QUE SE HA HECHO POR USTED

El principio de Mateo 18 que describimos en la página anterior debe tomarse desde una perspectiva correcta. Utilice el proceso cuando alguien peque contra usted, pero no olvide quién es y lo que se ha hecho por usted.

Hacer las paces por medio de una confrontación requiere de un espíritu de humildad. No puede hacerse basado en el orgullo. En la mejor de las circunstancias, todos nosotros somos pecadores perdonados que pedimos a otros reconozcan los mismos pecados que se nos perdonaron a nosotros. Todos hemos cometido pecados contra Dios mucho más serios que cualquier pecado que se haya cometido contra nosotros. De no ser por la misericordia de Dios y el maravilloso rescate de Cristo, pasaríamos la eternidad en un lugar de oscuridad eterna y pérdida

irreversible. Este espíritu de humildad y agradecimiento es el que el Señor tenía en mente cuando nos instruyó que nos confrontáramos los unos a

Por lo cual el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Y comenzando a hacer cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. A éste, como no pudo pagar, ordenó su señor venderle, y a su mujer e hijos, y todo lo que tenía, para que se le pagase la deuda. Entonces aquel siervo, postrado, le suplicaba, diciendo: Señor, ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda. Pero saliendo aquel siervo, halló a uno de sus consiervos, que le debía cien denarios; y asiendo de él, le ahogaba, diciendo: Págame lo que me debes. Entonces su consiervo, postrándose a sus pies, le rogaba diciendo:

Ten paciencia conmigo, y yo te lo pagaré todo. Mas él no quiso, sino fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase la deuda. Viendo sus conservos lo que pasaba, se entristecieron mucho, y fueron y refirieron a su señor todo lo que había pasado. Entonces, llamándole su señor, le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas (Mateo 18:23-35).

los otros en las situaciones de agravio personal. Luego de enseñarnos la importancia de confrontar a un creyente en pecado, Jesús relató una penetrante historia acerca

del perdón. Se trataba de un hombre a quien le perdonaron una deuda de millones, y luego se negó a perdonar a alguien que le debía unos cuantos pesos.

En esta historia se demandó a los hombres el pago de sus deudas. (A nadie ayuda no cumplir con las obligaciones.) Ambos admitieron la deuda y pidieron misericordia. Pero cuando la persona a quien se había perdonado mucho se negó a mostrar misericordia a otro que le debía poco, se encontró en problemas peores de los que tenía antes.

Cuando enfrentamos la emoción y la confusión del conflicto no hay mejor sitio hacia dónde mirar que la cruz de Cristo. Es en la angustia de nuestro Salvador donde vemos la realidad de nuestro propio pecado. Es allí donde también recordamos que debemos lidiar con los pecados de otros, de la misma manera misericorde en que Dios lidió con los nuestros. En la cruz

recordamos que hemos de confrontarnos los unos a los otros, no para vengarnos, sino para tener la oportunidad de perdonar.

PROTEJA EL NOMBRE DE LA FAMILIA

A este punto debe estar claro que el espíritu y el proceso para enfrentar el conflicto bíblicamente difieren completamente de las siguientes tácticas naturales:

- **Evitar:** buscar la paz a expensas de la verdad y el amor.
- **Atacar:** buscar la paz por medio de la intimidación, la fuerza o la violencia.
- **Apaciguar:** buscar la paz cediendo al mal.
- **Negociar:** buscar la paz en base a intereses personales mutuos.
- **Litigar:** buscar la paz a través del sistema judicial.

Aunque existen circunstancias que ameritan cada una de estas tácticas

para enfrentar el conflicto, es obvio que no reflejan el enfoque bíblico para resolver los conflictos en la iglesia. Por ejemplo, las Escrituras dicen

¿Osa alguno de vosotros, cuando tiene algo contra otro, ir a juicio delante de los injustos, y no delante de los santos? [...] Para avergonzaros lo digo. ¿Pues qué, no hay entre vosotros sabio, ni aun uno, que pueda juzgar entre sus hermanos, sino que el hermano con el hermano pleitea en juicio, y esto ante los incrédulos? Así que, por cierto es ya una falta en vosotros que tengáis pleitos entre vosotros mismos. ¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados? [...] Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios (1 Corintios 6:1,5-7,20).

claramente que cuando el pueblo de Dios utiliza el sistema legal para resolver problemas «familiares», no sólo admite que ha fracasado espiritualmente, sino que además daña el nombre y los intereses de Dios.

Sin embargo, también es cierto que hablar de la prioridad de la reputación de Dios cuando las personas enfrentan un divorcio, una división en la iglesia o una disputa amarga puede sonar hueco. Las personas airadas, heridas y temerosas de los resultados de la situación podrían sentir que no pueden hacer gran cosa para proteger el nombre de Dios dadas las circunstancias. Consideran que Dios puede cuidar de sus propios intereses.

Sin embargo, no existe una razón más apremiante que ésta para lograr la paz y la unidad. No hay nada más importante que aprender a ver la reputación y los intereses de Dios detrás de los

nuestros. Al aconsejar a un joven pastor sobre el conflicto, Pablo escribió: «... Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo» (2 Timoteo 2:19).

Algunas veces, en el calor y la distracción de la discusión olvidamos el vínculo inherente entre nuestro nombre y el de Cristo. A veces, cuando estamos airados, olvidamos

Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado (Juan 17:20-23).

que lo que más nos conviene siempre es cuidar el nombre de Dios y sus intereses. A veces, cuando nos tambaleamos bajo el peso del orgullo herido, olvidamos lo apasionadamente que nuestro Señor oró por la unidad de su pueblo, no sólo para que el mundo supiera que el Padre lo envió, sino también para que el mundo supiera que el Padre nos ama (Juan 17:23).

CÉNTRESE EN SU PROVEEDOR

LA FUENTE DE LA UNIDAD

El costoso resultado de las disputas en la iglesia muestra la importancia del llamado de Pablo a la unidad. Es imposible estimar adecuadamente el daño que los conflictos hacen a la reputación de Dios. No hay manera de evaluar la enorme pérdida de credibilidad ante un mundo que no conoce a Dios. Es imposible estimar la pérdida

de confianza, conciencia y pasión espiritual que ocurre cuando los hijos de Dios se vuelven uno contra otro, y, por amargura, ira y crueldad actúan como si nunca hubieran oído hablar de Cristo. Todo el mundo pierde; nadie gana.

Por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, si alguna comunión del Espíritu, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús (Filipenses 2:1-5).

Sin embargo, el sólo hecho de decir que las disputas en la iglesia nos dañan a todos no resuelve el problema. Convertir la paz en un reglamento a seguir no da paz a nuestros corazones. La paz interna no proviene de saber de Cristo sino de conocerlo. Viene de conocer la fuerza de su presencia, la benignidad de su sabiduría, la bondad de su plan, la profundidad de su amor y la suficiencia de su Espíritu para proveer para nosotros, aun en medio del conflicto.

Este vínculo entre nuestra actitud en el conflicto y nuestra dependencia personal en Cristo es la razón por la cual Pablo razonó como lo hizo con los Filipenses. No les dijo solamente que hicieran las paces siguiendo el ejemplo de Cristo. En efecto, les dijo: «Si Dios cuida tan bien de ustedes, ¿no es lógico que comiencen a cuidar los unos de los otros? Si su bondad ha ablandado sus corazones y

su promesa de ser su padre y guiarlos ha quitado todas sus ansiedades, ¿no es lógico que le permitan convertirlos en un pueblo más bondadoso y gentil?»

Pablo relacionó nuestro esfuerzo en el conflicto con la capacidad de Dios de proveer lo que necesitamos. Luego de resumir lo que Cristo hizo

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo (Filipenses 2:12-15).

por nosotros nos exhorta a ser autodisciplinados y a tener una actitud seria. Sin embargo, nos pide dicha precaución y esfuerzo a la luz de que Dios está obrando en nosotros, dándonos todo lo que necesitamos para cooperar con su plan para con nosotros. Es en base a este conocimiento de la presencia de Dios que Pablo nos exhorta a hacerlo todo sin «murmuraciones ni contiendas». En eso consiste el ser «sencillos» en un mundo violento. Así se logra tener una iglesia más bondadosa y mansa.

LOS LÍMITES DE LA UNIDAD

La unidad que hemos descrito merece un examen más profundo. Si no somos cuidadosos podemos dejar pasar esos momentos de confrontación firme y bondadosa que requiere el verdadero compromiso con Cristo. En Gálatas 2:11-16, por ejemplo, Pablo describe

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar? Nosotros, judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles, sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado (Gálatas 2:11-16).

cómo confrontó a Pedro públicamente por un asunto importante.

A primera vista podría preguntarse cómo encajar dicha confrontación con las repetidas exhortaciones a la unidad en la iglesia que hace Pablo. Sin embargo, el apóstol nunca alentó el tipo de unidad que compromete los intereses ni la doctrina de Cristo. Lo que es más, Pablo nunca nos exhortó a protegernos o a cubrimos los unos a los otros a expensas de lo justo y lo verdadero. Lea de nuevo Gálatas 2:11-16 y Filipenses 2:1-5. Aunque dichos textos parecen muy diferentes, hay algo muy similar en ellos. En ambos casos, Pablo arguye apasionadamente por los intereses y la causa de Cristo. En ambos casos, Pablo pide que haya unidad en base a las convicciones correctas. En ambos casos, Pablo demuestra lo importante que es defender los intereses de los demás y no tan sólo los nuestros.

Aparentemente Pablo creía que Pedro daba demasiada importancia a la aprobación de «algunos hombres» que habían venido «de parte de Jacobo», y no daba suficiente importancia a la doctrina de salvación ni a las necesidades de los gentiles. Al separarse hipócritamente de los gentiles cuando esos judíos legalistas llegaron, Pedro traicionó los intereses de los gentiles. Ayudó a los judíos a perpetuar su legalismo y confundió el mensaje de la salvación por la fe.

Podemos asumir que Pablo actuó como lo haría Cristo cuando confrontó a Pedro, expresando autocontrol y bondad, no ira. También podemos asumir que dio relevancia al comportamiento de Pedro, no porque la corrección lo hiciera superior a él, sino porque permitir que sus acciones pasaran desapercibidas no hubiese ayudado a nadie y, por el contrario, hubiese sido un

agravio para todos. No era un asunto de orgullo, sino de consideración por la verdad del evangelio. El ejemplo de Pablo es un ejemplo para nosotros, de que aunque nuestra motivación debe ser protegernos los unos a los otros, no debemos contribuir a sabiendas con el pecado de otra persona.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

¿No es la falta de privacidad una de las mayores fuentes de conflicto en la iglesia? ¿No podríamos eliminar los conflictos si elimináramos el chisme?

Proverbios 26:20 parece sugerir que sí. Dice: «Sin leña se apaga el fuego, y donde no hay chismoso, cesa la contienda». Pero, ¿cómo eliminar el chisme? Jesús dijo: «Porque de la abundancia del corazón habla la boca» (Mateo

12:34). No se puede cambiar la boca sin cambiar el corazón. Esta verdad inspirada fija una norma, pero no resuelve el problema.

Ninguna regla, ya sea establecida por una organización o por la Biblia, llega al meollo del conflicto en la iglesia. Es por eso que el Nuevo Testamento requiere que los líderes de la iglesia estén llenos del Espíritu Santo (controlados por Él) y tengan la reputación de ser santos (1 Timoteo 3:1-13). Para llenar estos requisitos, su conocimiento debe ir mucho más allá de la política eclesiástica o la ley bíblica. Es necesario que el pecado haya quebrantado sus corazones y que hayan sido cambiados por la gracia y el amor de Dios.

Cuando el corazón de los líderes de la iglesia no está bajo el gobierno de Cristo, ninguna regla puede evitar que sus actitudes autoprotectoras permeen la iglesia. Sin la motivación del Espíritu y

una profunda convicción subyacente de la completa suficiencia de Dios para suplir sus necesidades personales y las de la iglesia, no tendrán ni la confianza espiritual ni la libertad necesarias para manejar el conflicto según los principios de las Escrituras. Sin conocer personalmente la ayuda de Cristo no podremos mostrar la benignidad de Cristo en el conflicto.

Si enfatizamos las motivaciones, ¿no terminaremos haciendo exactamente lo que Cristo nos dijo que no hiciéramos, es decir, juzgando las motivaciones de los demás? Así será si no

hacemos lo que Jesús nos mandó: preocuparnos primero por la condición de nuestro corazón. Si analizamos nuestra propia condición no juzgaremos con arrogancia a los demás.

¿Cómo podemos saber cuándo sacar a

relucir algo que haya hecho otra persona?
¿No dicen las Escrituras que el amor cubre multitud de pecados?

Esto puede ser muy difícil de determinar. Hay momentos en que es mejor dejar pasar la falta, pero nunca debemos hacerlo porque tengamos temor de decir algo.

Hágase las siguientes preguntas mientras pide a Dios que le dé sabiduría: ¿daña el problema la reputación de Dios? ¿Daña la relación de la otra persona con usted? ¿Le hace daño a otros? ¿Se hace daño a sí mismo?

Tenga cuidado al citar: «El amor cubrirá multitud de pecados» (1 Pedro 4:8). La frase no significa que el amor permite a la otra persona encubrir pecados de los que no se haya arrepentido. Lo que significa es que el amor hace todo lo necesario para promover el perdón y la reconciliación. Proverbios 27:6 dice: «Fieles son las heridas

del que ama...» Algunas veces, el amor nos lleva a confrontar antes de poder ofrecer el perdón y la reconciliación.

¿Qué podemos decir del ejemplo del Señor, cuando oró en la cruz, diciendo: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»?

El ruego de Jesús no fue que sus ejecutores fueran perdonados por todos sus pecados, sino que no se les tuviera por responsables de su papel en la crucifixión del Hijo de Dios. No sabían lo que hacían.

Nosotros también podemos mirar a aquellos que nos han hecho daño sin darse cuenta y orar al cielo de la misma forma: «Padre, perdónalos; no se dan cuenta del daño que están haciendo».

Por otro lado, cuando las Escrituras nos mandan a perdonar a los demás de la misma forma que Dios nos ha perdonado, no se trata de un perdón incondicional y

general. Dios no concede el perdón de una vez y por todas que obtenemos en la salvación hasta que admitimos nuestro pecado (Lucas 18:9-14). Además, cuando las Escrituras hablan del perdón en el contexto familiar demandan igualmente la confesión del pecado conocido como condición para obtener el perdón (1 Juan 1:9).

¿No es el perdón tanto para los demás como para nosotros mismos? ¿No nos libera de la amargura que de otra forma nos consumiría?

Hay dos formas de enfocar esta pregunta. El espíritu perdonador, enraizado en lo que Dios ha hecho por nosotros, ciertamente nos libera de la amargura. Nos damos cuenta de que la otra persona no tiene el poder de «arruinarnos» mientras estemos en manos de Dios. Al mismo tiempo, no tenemos derecho a «dejar libre» a

la otra persona si se niega obstinadamente a reconocer su pecado. De eso se trata Mateo 18.

¿Qué sucede si todos mis esfuerzos por resolver el problema fracasan? Si el conflicto es de tal magnitud que los líderes y representantes de la iglesia no pueden orar y hablar juntos sin amargura o ira, y si nadie en la iglesia puede ver lo que hay detrás de su ira y cuán lejos está del Espíritu de Cristo, es necesario buscar la ayuda de un mediador fuera de la iglesia.

Si tienen la actitud correcta, los que no pueden resolver sus propios problemas estarán dispuestos a buscar toda la ayuda necesaria de fuera para resolver las diferencias con sabiduría y comprensión. Pero si no se desea buscar ayuda por temor a la vergüenza que ello acarrearía, es necesario enfrentar el problema del orgullo.

¿Por qué Dios permite que su pueblo pase por la pena de los problemas y los conflictos? En 1 Corintios 11:18, 19, el apóstol Pablo escribió: «... oigo que hay entre vosotros divisiones; y en parte lo creo. Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifestos entre vosotros los que son aprobados». Otra traducción dice: «para que aquellos que son genuinos entre vosotros sean reconocidos».

En otras palabras, el conflicto en la iglesia saca a relucir lo mejor y lo peor. Es un importante indicador de quién cree activamente en Dios y quién no. La ira y la amargura demuestran hasta qué punto dependemos de nosotros mismos, de los demás o de las circunstancias, y no de Cristo.

La ira y la amargura son señales de peligro que indican una de dos posibilidades. Muestran que aunque conoce

a Cristo como Salvador, no está caminando con Él, o que nunca lo ha conocido. Si lo conoce pero no ha estado caminando con Él, espero que este librito le haya ayudado a conocer su propio corazón y a conocerlo a Él.

No he descrito casos específicos de estudio de conflictos actuales en la iglesia porque en ellos no es donde radica el problema. Lo que cuenta es la manera en que respondemos al conflicto y la razón por la que lo hacemos. ¿Tenemos un espíritu benévolo que muestra a los demás que aunque no estemos de acuerdo con ellos estamos a su favor como personas? ¿Tienen los demás evidencias de nuestras buenas motivaciones e intenciones? Lo que es más importante, ¿pueden darse cuenta de que nuestras motivaciones están arraigadas en nuestra profunda confianza en Cristo y en nuestra relación con Él? De ser así, probablemente seamos el tipo

de pacificadores que por medio de la benignidad, verdad y dependencia de Dios reflejan Sus rasgos familiares (Mateo 5:9).

No mal interprete. No nos convertimos en hijos de Dios sirviendo de mediadores en las malas relaciones. Nos convertimos en sus hijos confiando en el único «mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2:5). Sólo cuando nos parecemos a la familia de su Hijo podemos traer paz en medio del conflicto. Este rasgo familiar es lo que necesitamos desesperadamente y lo que el Espíritu anhela.

Pablo exhorta a todos los creyentes a «...guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz» (Efesios 4:3), y Jesús oró pidiendo que sus seguidores fueran uno para que el mundo creyera que Dios lo había enviado (Juan 17:21). Que Dios nos conceda ser la respuesta a su oración.